

### Lo desconocido y lo incognoscible: lectura teológica de la iniciación de Carlos Castañeda

Rausis Op., Philippe Emmanuel

Veröffentlichungsversion / Published Version  
Zeitschriftenartikel / journal article

#### Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Rausis Op., P. E. (1992). Lo desconocido y lo incognoscible: lectura teológica de la iniciación de Carlos Castañeda. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 37(147), 11-34. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1992.147.51545>

#### Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

#### Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Commercial-NoDerivatives). For more Information see:  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

---

Philippe-Emmanuel Rausis Op\*

---

*LO DESCONOCIDO Y LO  
INCOGNOSCIBLE:  
lectura teológica de la iniciación  
de Carlos Castaneda\*\**

---

### Introducción

Para llevar a cabo este ensayo de lectura teológica, nos apoyaremos en los libros que publicó Carlos Castaneda de 1968 a 1987.<sup>1</sup> Esta idea, de la cual algunos podrían sorprenderse,<sup>2</sup> necesita unas cuantas palabras de explicación. Lo primero que debemos decir es que vamos a penetrar en un campo aún no trabajado donde resultará difícil para el teólogo encontrar sus puntos de referencia. Además, hemos optado por un “pensamiento salvaje” sacado de relatos autobiográficos. Esto tampoco facilitará nuestra tarea. Sin embargo, esto nos ha parecido mucho más interesante que retomar un discurso teórico sobre las grandes líneas de la iniciación, como lo hicieron otros antropólogos. Seguiremos, pues, el itinerario a veces desconcertante de un hombre que, a pesar de sus esfuerzos, fue acarreado dentro de los meandros iniciáticos. Hemos preferido el peso de una experiencia viva a través de la cual resurge la sabiduría de estas antiguas civilizaciones, en lugar de la documentación histórica sobre las formas de iniciación practicadas antiguamente por las poblaciones amerindias.

\* Sacerdote dominico.

\*\* Traducción Roberto Baltazar.

<sup>1</sup> Se trata de los ocho libros siguientes: *L'herbe du diable et la petite fumée*, Paris 1972 (I); *Voir: les enseignements d'un sorcier yaqui*, Paris 1973 (II); *Voyage à Ixtlán: Les leçons de don Juan*, Paris 1974 (III); *Histoires de pouvoir*, Paris 1975 (IV); *Le second anneau de pouvoir*, Paris 1979 (V); *Le don de l'Aigle*, Paris 1982 (VI); *Le feu du dedans*, Paris 1985 (VII); *La force du silence: les nouvelles leçons de don Juan*, Paris 1988 (VIII).

Todas las citas han sido tomadas de las ediciones francesas y traducidas a posteriori. Por consiguiente, el texto aquí presentado no corresponderá a la edición en español.

<sup>2</sup> La polémica en torno a Carlos Castaneda es muy nutrida. En un artículo publicado hace tres años, Roger Gaillard resume la situación concluyendo que el misterio queda total. Cf. “Le mystère Castaneda”, en *Hebdo*, Ginebra 15 de diciembre 1988, pp. 62-67.

Las enseñanzas que recibió Carlos Castaneda se basan en el principio de una tradición oral. A pesar del poco valor generalmente otorgado por los científicos a este género de saber, la exégesis de esta obra nos ha parecido más apropiada que la exploración sistemática de los documentos que se apilan en los graneros ascéticos del saber contemporáneo. Un cierto número de autores han escrito sobre Carlos Castaneda.<sup>3</sup> Muchos de ellos reconocen a su obra las cualidades de honestidad intelectual y de rigor de pensamiento, lo cual nos permite referirnos a ella con toda confianza.<sup>4</sup> Por último, una observación: hablaremos de una iniciación *individual*, pero con esto, el lector no debe concluir que el fenómeno de iniciación tribal está ausente de la religiosidad amerindia. Como lo demuestra Ake Hultkrantz,<sup>5</sup> uno de los grandes especialistas en la cuestión, lo contrario es lo verdadero: los pueblos indios de América han dado siempre gran importancia a la idea de tribu y al sentido de la solidaridad.

Pero antes de entrar en la presentación, obligatoriamente somera, de los grandes temas castanedianos, detengámonos un poco en el personaje y en su historia. Precisemos, en esta consideración, que no ha sido fácil establecer la cronología que representamos aquí, ya que los acontecimientos están fechados en los primeros libros, pero no en las obras que siguen. Entre más se aleja el autor, en la dinámica de su iniciación, de las categorías del pensamiento occidental y racionalista, menos juzga útil de dar este tipo de datos. El mismo se ha hecho inasequible: huye literalmente de todo contacto con el mundo "civilizado" y es en vano que investigadores empeñados hayan intentado seguir la pista.<sup>6</sup> Carlos Castaneda se ha hecho *invisible* incluso, parece ser, para sus amigos más íntimos. Todo lo que hemos podido saber acerca de su pasado se atiene a esto: nace el 25 de diciembre de 1925, en Perú, de padre de origen italiano.

Todo comenzó para él en 1960, cuando redactaba su tesis de doctorado sobre el uso de plantas medicinales entre los indios del "suroeste".<sup>7</sup> Durante el verano de este mismo año, se tropieza con don Juan Matus, un viejo indio yaqui<sup>8</sup> especializado en el conocimiento de las plantas y que se convertirá poco a poco

<sup>3</sup> Citamos entre otros: Bernard C. Noël, *Carlos Castaneda, ombres et lumières*, Paris 1983. Bernard Dubant y Michel Marguerie, *La voie du guerrier*, Paris 1981; *Le saut dans l'inconnu*, Paris 1982; *Le retour de l'esprit*, Paris 1989. Octavio Paz, *La mirada anterior*, prefacio a Carlos Castaneda, I. Maurice Cocagnac op, *Recontres avec Carlos Castaneda y Pachita guérisseuse*, Paris 1991.

<sup>4</sup> Los más severos son evidentemente sus colegas etnólogos. Esto es comprensible ya que la obra de Castaneda rompe literalmente el código de base de esta disciplina. Poco a poco, el autor pasa del punto de vista de un occidental sobre el mundo de los indios, al punto de vista que los indios tienen sobre nuestra cultura.

<sup>5</sup> Cf. Ake Hultkrantz, "Les religions des Indiens d'Amérique" en *Histoire des religions*, Paris 1976, vol. III, pp. 785-798.

<sup>6</sup> El periodista norteamericano Rick Fields consagró dos años enteros a la búsqueda de nuestro autor con el fin de entrevistarlo... ¡En vano! Ver Véronique Skawinska, *Rendez-vous sorcier avec Carlos Castaneda*, Paris 1989, pp. 127.

<sup>7</sup> La región del "suroeste" comprende el estado de Arizona, una parte de California, Utah, Colorado, Nuevo México, al igual que una parte de las provincias mexicanas de Sonora y Chihuahua.

<sup>8</sup> Los yaquis viven en el norte de México. Pertenecen a la familia étnica Yutoazteca, subfamilia meridional, grupo sonorenses, subgrupo pimano. Cf. *Atlas cultural de México*, México, 1988, pp. 67-69.

en su maestro de iniciación.<sup>9</sup> Es el 23 de junio de 1961 cuando comienza formalmente su aprendizaje<sup>10</sup> basado, en un primer plano, en el uso de las plantas psicotrópicas.<sup>11</sup> El 2 de octubre de 1965, Castaneda abandona su iniciación lleno de pánico por los estados de *conciencia no ordinaria* que le provoca la ingestión de estas sustancias.<sup>12</sup> No regresará sino hasta el 2 de abril de 1968, después de la aparición de su tesis que es también el primero de ocho volúmenes donde consignará, bajo la instigación de don Juan todo lo que le pasa. Pero con motivo de este nuevo comienzo, el viejo brujo le confiesa que las drogas no constituyen un aspecto esencial de esta iniciación. Hizo recurso de ellas sólo para sacudir su representación del mundo, a fin de disponerlo al poder.<sup>13</sup> El aprendizaje continuó hasta el 23 de mayo de 1971, cuando un acontecimiento decisivo sobrevino: Castaneda consigue “detener el mundo”.<sup>14</sup> Los dos primeros libros presentan el primer periodo (1961-1965) y el segundo (1968-1971); el tercero retoma el conjunto pero le da una nueva lectura a la luz del conocimiento adquirido. Con el cuarto volumen toda fecha desaparece. Parece ser que los seis encuentros descritos en los libros se escalonan aproximadamente a lo largo de dos años, a partir del otoño de 1971.<sup>15</sup> La aventura concluye hacia al final de 1973, lo que nos es presentado como un misterioso *salto al vacío*.<sup>16</sup> Ese día Carlos Castaneda verá por última vez a don Juan. En lo que a nosotros concierne, salvo algunas excepciones, nos detendremos en esta parte de su biografía. Los dos libros siguientes,<sup>17</sup> que no son de nuestro interés, relatan las peripecias del discípulo hecho él mismo responsable de un grupo de iniciados. Los dos últimos libros,<sup>18</sup> son mucho más difíciles de situar: describen encuentros con don Juan que tuvieron lugar *en otro plano* (el nagual) y que escapan, por el hecho mismo, a toda cronología. Aunque la analogía sea muy relativa, el lector podrá imaginárselos como encuentros en el terreno del sueño. Intentaremos reunir algunas de las enseñanzas dadas por don Juan durante estos años bajo tres rúbricas intituladas: *ver, saber, y poder*.

<sup>9</sup> Cf. Carlos Castaneda, I, p. 9.

<sup>10</sup> Cf. *Ibid.*, p. 29.

<sup>11</sup> El lugar que ocupan estas plantas en la mazorra de los pueblos amerindios es muy conocido, sobre todo cuando se sabe el papel que estas plantas han jugado en el desarrollo de la conciencia humana. Peter T. Furst escribe: “El uso mágico-religioso de las plantas alucinógenas por los indios de América representa una sobrevivencia de una muy antigua época chamanista del Paleolítico y del Mesolítico”. Citado por Henri Atlan, *A tort et á raison*, Paris 1986, p. 305. Se podrá consultar también el famoso relato de Aldous Huxley sobre las experiencias alucinógenas efectuadas bajo control médico en *Les portes de la perception*, Mónaco 1954, pp. 13-69.

<sup>12</sup> Se trata de tres plantas; un cactus; el peyotl o *Lophophora williamsii*, una raíz: la *Datura innoxia* y un hongo: el *Psilocybe Mexicana*. Cf. Carlos Castaneda, II, p. 13.

<sup>13</sup> Cf. *Id.*, IV, p. 231.

<sup>14</sup> Cf. *Id.*, III, p. 233.

<sup>15</sup> Cf. *Id.*, IV, p. 11.

<sup>16</sup> Cf. *Ibid.*, p. 278.

<sup>17</sup> *Id.*, V y VI.

<sup>18</sup> *Id.*, VII y VIII.

## Ver: la explicación de los brujos

La iniciación que recibe Carlos Castaneda es el fruto de una enseñanza tradicional. Su maestro don Juan, la obtiene de su maestro don Julián, quien fue iniciado a su vez por otro maestro, don Elías y así sucesivamente. En total, unos catorce responsables se suceden desde el siglo XVI. Ellos constituyen la casta de los *Nuevos Videntes*, herederos de una sabiduría milenaria que los antiguos toltecas<sup>19</sup> habían poco a poco elaborado. Pero éstos no se distinguen de sus predecesores que se concentraban en otros aspectos del conocimiento, como la danza sagrada o el arte de curar, prefieren consagrarse únicamente al ejercicio de *ver*. El destino de estos iniciados es a menudo trágico: el camino del conocimiento es difícil. Muchos han sucumbido ante la fascinación de sus propios descubrimientos, otros han desaparecido durante las invasiones aztecas, o durante la conquista española. La casta de don Juan es una de las pocas que han resistido; sus miembros han perfeccionado su talento empujados por los terribles acontecimientos políticos. Fueron curiosamente “el rigor y la coerción” los que les suministraron la energía indispensable para sobrevivir y afirmar su *poder*.<sup>20</sup>

### *El hombre de conocimiento*

El iniciado debe hacerse un *guerrero*,<sup>21</sup> es decir, un hombre de conocimiento capaz de poner en práctica lo que sabe. Este estatuto le permitirá dominar el hecho de *ver* sin dejarse seducir por los múltiples peligros que le esperan por este camino. Un cierto número de condiciones deberán ser reunidas a lo largo de este aprendizaje. Sólo retendremos las más importantes. El primer enemigo encontrado en el camino del conocimiento es la ilusión de la *propia importancia* que crea un sentimiento de suficiencia. “Conozco toda clase de cosas (dice don Juan) porque no tengo historia personal; y porque no me siento más importante que cualquier otro; y porque mi muerte está sentada conmigo”.<sup>22</sup> Uno de los mejores medios para perder su suficiencia es haber sido vencido al menos una vez en su vida.<sup>23</sup> Es así que el guerrero debe partir primero a la conquista de la humildad.<sup>24</sup> Un segundo aspecto que debemos subrayar, es la importancia de la *soledad*. Entre los miembros del clan de don Juan, se pueden

<sup>19</sup> El término “tolteca” designa la cultura de los constructores de Tula. Las opiniones divergen en cuanto a su proveniencia, la mayoría de los especialistas piensan que salieron de las tribus chichimecas provenientes del norte. Pero el término se utiliza también en el sentido de “sabios” o de “hombre de conocimiento”; es en este sentido que don Juan lo utiliza. Cf. Carlos Castaneda, VII, pp. 14-15.

<sup>20</sup> Cf. Carlos Castaneda, VII, pp. 14-19.

<sup>21</sup> El término del guerrero es frecuente para designar a un iniciado en las culturas mexicanas. Los principales grados iniciáticos de los nahuas eran los de guerrero-tigre (Ocelótl) y de guerrero-águila (Cuauhtli). Cf. George C. Vaillant, *La civilización azteca*, México 1985 (1944).

<sup>22</sup> Carlos Castaneda, III, p. 47.

<sup>23</sup> Cf. *Id.*, II, p. 137.

<sup>24</sup> Cf. *Id.*, IV, p. 26.

encontrar hombres y mujeres de todas condiciones; un sólo punto en común los reúne; están solos en la vida.

Esta soledad juega un papel importante en el proceso de iniciación; es la ocasión de estar confrontado con uno mismo y de aceptar humildemente lo que se es.<sup>25</sup> No hay oportunidad de huir de su propia realidad a través del juego social de las relaciones mundanas. De esta manera, el guerrero toma conciencia de que no tiene tiempo que perder. Cada uno de sus actos es posiblemente el último sobre la tierra y amerita, por consiguiente, toda su atención.<sup>26</sup> Otorgar la atención requerida a cada situación se llama *impecabilidad*. El primer paso hacia esta actitud impecable implica un buen cuidado de su cuerpo: esto permitirá a la voluntad hacerse verdaderamente una “unidad activa”.<sup>27</sup> De este modo el hombre de conocimiento no se deja llevar a la merced de las circunstancias, sino que escoge cuidadosamente sus acciones y “combate sus propios combates”. Su secreto reside en no malgastar nunca su energía, a fin de no ser tomado por sorpresa cuando la necesite. De hecho, la energía es la llave del esquema antropológico de don Juan. “Si acumulas poder, tu cuerpo puede llevar acabo increíbles proezas”, dice.<sup>28</sup> En realidad lo que caracteriza al hombre de conocimiento es la frugalidad de su comportamiento. “No deforma su mundo presionándolo. Lo capta sólo un poco, y se queda en él tanto como lo necesite, entonces se va rápidamente dejando a penas la huella de su paso”.<sup>29</sup>

Don Juan no cesa de repetirlo: para el guerrero el mundo es un misterio inconmensurable.<sup>30</sup> “Hay más cosas bajo el cielo y sobre la tierra que lo que tu mente puede concebir”, decía Hamlet. El hombre moderno cree que ha encerrado el mundo dentro de los límites de su razón, y que sólo existe lo previsible. En eso reside su mayor ilusión. Como suele repetirlo el viejo indio yaqui: hay siempre mucho más.<sup>31</sup> Además del mundo visible existen infinitud de “universos paralelos” y “un maestro brujo puede llevar a su discípulo a un viaje por los diez niveles del otro mundo”.<sup>32</sup> Por esto, el discípulo necesita ser guiado para no perderse en la complejidad de estos mundos múltiples que llevan a la deriva las costumbres de su razón. Necesitar ser guiado para encontrar su lugar. Una de las reglas de la iniciación tolteca quiere que todo concorra en bien del que está en el buen camino, en el lugar exacto, y que, al contrario, las peores contrariedades no cesen de acosar al que está en desfase respecto a su medio ambiente.<sup>33</sup>

<sup>25</sup> Cf. *Ibid.*, p. 57.

<sup>26</sup> Cf. *Id.*, III, p. 88.

<sup>27</sup> *Id.*, p. 82.

<sup>28</sup> *Id.*, III, p. 122.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 75.

<sup>30</sup> Cf. *Id.*, II, p. 213.

<sup>31</sup> Cf. *Id.*, III, p. 132.

<sup>32</sup> *Id.*, II, p. 99.

<sup>33</sup> El primer ejercicio al que será sometido Castaneda será el de “encontrar su lugar”, en el jardín de don Juan. Tendrá que pasar la noche para lograrlo. Cf. *Id.*, I, pp. 31-37.

Por las mismas razones, el iniciado debe conservar buenas relaciones con la naturaleza.

Los gusanos, los pájaros, los árboles, podrían, todos, contarnos cosas inimaginables si solamente fuéramos capaces de tener la velocidad de saber pescar su mensaje (...) Debemos pues, quedarnos en buenos términos con todas las cosas vivientes de este mundo. Por eso debemos hablar con las plantas que vamos a matar y disculparnos también por hacerlas sufrir (...) Si no, las plantas, los gusanos que hemos matado inútilmente, se volverán contra nosotros, nos causarán desgracias y enfermedades.<sup>34</sup>

El entrenamiento permitirá al iniciado conocer sus propios *centros de poder*<sup>35</sup> al igual que sus *horas de poder*. Ya que nada llega a cualquier hora y en cualquier lugar. En estos momentos precisos, en estos lugares precisos la regla es admisible: decuplicar la atención para observar todo lo que pueda pasar. Don Juan, por ejemplo, gusta particularmente del momento de crepúsculo, del que dice ser una puerta hacia lo desconocido.<sup>36</sup> De esta comunicación con el medio, Castaneda hará la experiencia en el fabuloso encuentro con un coyote y tendrá la impresión de captar su lenguaje.<sup>37</sup> Este episodio que nos recuerda el encuentro de Francisco de Asís con el lobo de Gubbio, marcará para él el hecho de haber detenido el mundo: es decir, salir de la ilusión de que el hombre es el único en tener el sentido del universo.

Esta nueva comprensión del mundo implica la presencia de un guía, puesto que el camino del conocimiento y del poder es muy rudo y muy largo. El neófito no puede internarse en el camino sin apoyo: no tiene suficiente *poder personal*. Sin embargo, el maestro no tiene que ser buscado,<sup>38</sup> no más que el discípulo. Ellos están designados el uno al otro por presagios. Como "Natanael bajo la higuera" (Cf. Jn 1:48), Carlos Castaneda fue visto por don Juan antes de su encuentro inicial. Además, la iniciación demostrará que un solo maestro no basta, harán falta al menos dos. Mientras que uno se ocupará de la "vida interior", el otro, llamado benefactor, se esforzará por inculcarle actitudes exteriores impecables: he ahí el papel esencial de don Juan. No se puede hacer todo con el mismo maestro. Veremos que los dos accesos son intitolados respectivamente, *enseñanza del lazo izquierdo* y *enseñanza del lado derecho*. Otro indio, mazateca este, se ocupará especialmente del lado izquierdo de Castaneda. Su nombre: don Genaro Flores.

<sup>34</sup> Cf. *Id.*, II, p. 219.

<sup>35</sup> Cf. *Id.*, III, pp. 106-107.

<sup>36</sup> *Id.*, IV, p. 278.

<sup>37</sup> Cf. *Id.*, III, p. 232.

<sup>38</sup> Los Chinos dicen: "Cuando el alumno está listo, el maestro se manifiesta". Don Juan enseña exactamente lo mismo. Cf. Carlos Castaneda, IV, p. 169.

Los responsables de la formación del aprendiz se esforzarán por hacerle tomar el camino del conocimiento. Para lograrlo, disponen de todo un inventario de técnicas heredadas de sus predecesores. Ellas consisten, sobre todo, en diferentes actitudes para el reposo,<sup>39</sup> para el combate<sup>40</sup> o para la contemplación.<sup>41</sup> Se trabaja igualmente en las “técnicas del sueño” que sería demasiado largo explicarlas, pero que juegan un papel esencial.<sup>42</sup> Sin embargo, hay que mencionar algunas tareas primordiales en el marco de la iniciación tolteca. La técnica que se repite muy a menudo se llama “paralizar el diálogo interior”. Ella confirma muy bien las exigencias de ciertos tipos de meditación practicados en Oriente, aunque el objetivo, como lo veremos más adelante, va más allá de la simple adquisición de paz interior. Otras técnicas enseñadas por los maestros dirigen sus esfuerzos a “borrar la historia personal”, a “perder la propia importancia”, a “asumir la plena responsabilidad de su vida” y aún más, a “tomar su muerte como consejera”.<sup>43</sup>

Todos estos esfuerzos conducen al *camino que tiene buen corazón*,<sup>44</sup> espléndida metáfora escogida por don Juan. “Tu decisión de proseguir en un camino o de abandonarlo debe estar libre de miedo o de ambición”. El caminante debe hacerse sin cesar una pregunta primordial: “¿Tiene un buen corazón este camino?” Todos los caminos son los mismos, no conducen a ninguna parte. Hay caminos que atraviesan el bosque, otros que van al bosque (...) ¿Este camino tiene un buen corazón? Si lo tiene, el camino es bueno, si no, es inútil”.<sup>45</sup> El camino no conduce a ningún lado por el simple hecho de que no hay un final;<sup>46</sup> pero siguiéndolo, el aprendiz alcanzará el misterio de ver...

*Ver* es, sin duda alguna, el concepto más difícil de explicar. Don Juan habla de esto a menudo, pero sus declaraciones se quedan voluntariamente en lo ambiguo. *Ver* debe experimentarse. “*Ver* es una forma de pasar a través de las cosas”, dirá él;<sup>47</sup> lo que significa “abrirse un camino a través de la absurdidad”.<sup>48</sup> Pero, una vez más, no para perder su tiempo en vagas explicaciones, sino para orientar su marcha, como lo hace el guerrero a quien no le importan las significaciones estériles.<sup>49</sup> *Ver* es “el coronamiento final de un hombre de

<sup>39</sup> Cf. *Id.*, III, p. 29.

<sup>40</sup> Cf. *Id.*, IV, p. 160.

<sup>41</sup> Cf. *Id.*, III, pp. 188-189.

<sup>42</sup> Cf. *Id.*, III, p. 112; 128, 147; y IV, p. 237.

<sup>43</sup> Cf. *Id.*, III, pp. 84-85.

<sup>44</sup> Cf. *Id.*, II, p. 85.

<sup>45</sup> *Id.*, I, p. 131.

<sup>46</sup> Cf. *Id.*, IV, p. 221.

<sup>47</sup> *Id.*, II, p. 147.

<sup>48</sup> *Id.*, IV, p. 148.

<sup>49</sup> Cf. *Id.*, II, p. 177.



conocimiento”.<sup>50</sup> Cuando el iniciado llega a *ver*, ya no da al ambiente que lo rodea el tiempo de colocar trampas a su percepción. El logra *detener el mundo*: a comprenderlo en toda la profundidad del instante que se abre en espacios imprevistos. En estos momentos se debe hacer intervenir lo que don Juan llama “el segundo anillo de poder”.

Desde el nacimiento todos estamos engarzados y nuestros anillos de poder están atados a los de otros. Dicho de otro modo, nuestros anillos están enganchados al *hacer* del mundo, para hacer el mundo. (...) Un hombre de conocimiento desarrolla otro anillo de poder al que llamaré anillo del *no hacer* (...). Por consiguiente, con este anillo se puede producir otro mundo.<sup>51</sup>

Esta explicación se apoya en la convicción de que el mundo sensible no es más que una representación. Es como esto o como aquello porque nosotros decimos que es así. La realidad es tributaria de nuestra interpretación de la realidad. Ella reside en un continuo flujo de interpretaciones perceptibles que hemos aprendido a hacer desde nuestra infancia.<sup>52</sup> “Cambiar nuestra interpretación del mundo, he ahí el punto crucial de la brujería. Y la única manera de llegar a esto es interrumpiendo el diálogo interior (que mantiene el mundo)”.<sup>53</sup> Lo que importa para el guerrero, es el momento en que el cuerpo se da cuenta que puede *ver*. Sólo entonces alcanzamos la “nitidez cristalina de la conciencia”.<sup>54</sup> Sólo entonces se despliegan “las alas de la percepción”.<sup>55</sup>

### **Saber: El destino del iniciado**

La primera cosa que el iniciado debe saber es respecto a la *intención*, es decir, el conjunto de fuerzas que están obrando en lo más secreto de su vida y de las cuales se deberá componer.<sup>56</sup> Se trata de una noción compleja en donde la relación con ciertas concepciones cristianas pone en relieve una gran coincidencia. Sin embargo, hay que guardarse de acercamientos demasiado fáciles

<sup>50</sup> *Id.*, III, p. 182.

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 197.

<sup>52</sup> Cf. *Id.*, II, p. 212.

<sup>53</sup> Cf. *Id.*, IV, p. 21.

<sup>54</sup> *Id.*, IV, p. 205.

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 199.

<sup>56</sup> Es interesante notar que esta comprensión de la Intención no es totalmente extraña a la noción de Intentio espiritual de los escolásticos. En este sentido designa “el estar de paso” (entitas fluens) por el cual una causa superior (dator formarum) comunica su virtud, su energía propia al instrumento (el alma humana) del que se sirve para alcanzar su efecto. La Intentio, es heredada de la filosofía de Avicenne del que traduce la noción de ma'na. Ver el artículo del padre Marie-Joseph Nicolas op, en *Introduction à la Somme théologique*, Paris 1984, p. 107.

que deformarían nuestra lectura de esta antigua tradición transmitida por generaciones de hombres en búsqueda de la verdad.

### *La intención*

De aquí en adelante, recalcaremos un aspecto esencial del “modelo” castanadiano: el guerrero no tiene la iniciativa de su aprendizaje. “Tú has sido guiado hacia mí”, dirá don Juan a su discípulo;<sup>57</sup> y un poco después: “Hay en esta tierra poderes que guían a los hombres, a los animales y a todo lo que vive”.<sup>58</sup> Estas fuerzas, dirá el brujo, son imprevisibles y pavorosas, pero a pesar de todo, su esplendor vale la pena ser visto.<sup>59</sup> (*Fascinens et tremendum*). Los Toltecas llamarán a este poder *la intención*. Este capítulo constituye uno de los cimientos de toda la enseñanza de don Juan. *La intención* es omnipresente; sin ella el brujo no puede hacer nada. Ella no cesa de manifestarse, salpicando el camino del guerrero de consentimientos o advertencias. Sus designios son secretos y su potencia no tiene igual. Obviamente, el hombre conserva sus facultades de decisión, pero las exigencias del poder son determinantes. “Cuando tomamos una decisión, no hacemos otra cosa más que reconocer que el marco de nuestra decisión ha sido establecido independientemente de nuestra comprensión y lo único que hacemos es asentir”.<sup>60</sup> La decisión tomada de acuerdo con la intención, ¡He ahí la sabiduría del guerrero! El libre albedrío del hombre es como el timón de un velero en el cual la dirección del viento prevalece.

Agreguemos que la *intención* no es solamente un principio director de la vida del hombre, también es la fuente de energía que le permitirá aplicar lo mejor posible los preceptos de la intuición una especie de gracia, de alguna manera. Una pregunta se impone: ¿Puede el hombre tener influencia sobre la intención? ¿Le es posible atraer sus gracias? Las respuestas de don Juan no dejan de ser enigmáticas: “El poder no pertenece a nadie. Alguno de nosotros puede adquirirlo, a otros se les será dado directamente”.<sup>61</sup> Y una declaración sorprendente que viene enseguida: “Para acumular poder, necesita utilizarse únicamente para ayudar a alguien... a acumular poder”.<sup>62</sup> Esto no está totalmente alejado de lo que enseña el tratado de la gracia (*gratum fasciens*).

Esta manifestación del poder puede tomar a veces la forma de una gracia *iluminativa*. En este caso, ella se manifiesta al instante, invade al guerrero y desaparece en seguida.<sup>63</sup> Don Juan precisa que estas energías no son ni buenas

<sup>57</sup> Carlos Castaneda, III, p. 52.

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 84.

<sup>59</sup> Cf. *Ibid.*, p. 89.

<sup>60</sup> *Id.*, IV, pp. 236-237.

<sup>61</sup> *Id.*, III, p. 157.

<sup>62</sup> *Ibidem*.

<sup>63</sup> Cf. *Id.*, IV, p. 35.

ni malas. Todo depende del uso que se les dé. En estado de *conciencia acrecentada*, el guerrero percibe estas manifestaciones como ondas luminosas; don Juan dirá, misteriosamente, que esta luz tiene la característica de ser *consciente*.<sup>64</sup> Lo es aún más cuando la *intención* se manifiesta bajo una forma personal. Es entonces cuando aparecen los aliados, que nunca dejan de intervenir a lo largo de los relatos de Castaneda. Para los videntes, son seres personales que no pertenecen a la naturaleza humana. La apariencia que toman está estrechamente ligada con la percepción del que los ve. "Para ti (dice el brujo a su aprendiz), ellos se parecerán a alguien que tú ya has visto (...), porque ahí está tu propensión natural".<sup>65</sup> Son seres inorgánicos, dice don Juan. Creaturas espirituales traduciría posiblemente el teólogo. ¡Pero no quememos etapas! Sea lo que sea, es muy difícil dilucidar si estos aliados son benéficos u maléficos. Los videntes afirman que no pueden ni dirigir ni actuar sobre algo directamente. Sin embargo, de manera indirecta pueden obrar en el hombre.<sup>66</sup>

Las descripciones no dejarán de recordarnos ciertas visiones joánicas, como cuando el aliado se presenta cubierto de un millón de ojos.<sup>67</sup> Es cierto que la balanza tendería a inclinarse más del lado de los demonios que del de los ángeles, cuando se aprende que estas entidades pueden ser manipuladas, pero que más vale tenerlas a distancia prudente.<sup>68</sup> Se dice también que ellos pueden atizar el lado malo del hombre.<sup>69</sup> La teología medieval, más acostumbrada a este universo fantástico, los clasificaría posiblemente entre la fuerzas que actúan en la naturaleza: *gnomo*, *ondinas*, *silfos* o *salamandras*, tan queridos en la imaginación popular de esa época y que no despreciaban los místicos, como Santa Hildegarda.<sup>70</sup>

Ante las insistentes preguntas de su discípulo, don Juan decide hablarle un poco más sobre los espíritus. Precisa que estos se dividen en tres categorías: "Los que no pueden dar porque no poseen nada, los que pueden aterrar y los que hacen regalos".<sup>71</sup> Podría resumirse esto diciendo: los neutrales, los malos y los buenos. Respecto a los malos, sólo hay una cosa inteligente que hacer: olvidarlos y dejarlos donde están. "En cuanto a los aliados, ellos pueden pertenecer únicamente a la categoría de los buenos".<sup>72</sup> Los encuentros no escatimarán el estrépito; por ejemplo, el encuentro que tomará la forma de un combate hasta despuntar el día, que recuerda el misterioso combate de Jacob con el ángel en el vado de Yabboq (Gn 32:23-33).<sup>73</sup>

<sup>64</sup> Cf. *Id.*, VII, p. 54.

<sup>65</sup> *Id.*, II, p. 220.

<sup>66</sup> Cf. *Ibid.*, p. 48.

<sup>67</sup> Cf. *Ibid.*, p. 129.

<sup>68</sup> Cf. *Ibid.*, p. 220.

<sup>69</sup> Cf. *Ibid.*, p. 48.

<sup>70</sup> Cf. *Id.*, VII, p. 104.

<sup>71</sup> *Id.*, II, p. 225.

<sup>72</sup> Cf. *Id.*, VII, pp. 86-87.

<sup>73</sup> Cf. *Id.*, II, p. 227.

No silenciemos una cierta ironía de Carlos Castaneda respecto a la religión cristiana,<sup>74</sup> ironía que por otro lado, refleja los conflictos personales de su propia educación.<sup>75</sup> Pero analizándola con detenimiento, son formas de religiosidad vagamente supersticiosas, estigmatizadas. La existencia de Dios no es negada ni burlada. Al contrario, don Juan deja entender una que otra vez que él admite esta posibilidad,<sup>76</sup> inclusive si la interpretación que le da no venga de una teología muy avanzada. Esto significa que el viejo brujo tiene la sabiduría de dejar a Dios “fuera de todo esto”.<sup>77</sup> En el momento de su primer encuentro con el poder, su discípulo le pregunta si es una manifestación de Dios, él le contesta de golpe: ¡“Estúpido, ignoro dónde rayos pueda estar Dios”. Esta distinción nos parece esencial. Por su poder, los videntes toltecas pudieron haber tenido acceso a otro mundo (*Nega nunquam* decía Santo Tomás), pudieron incluso entrar en contacto con entidades espirituales, pero Dios no está al cabo de ninguna disciplina. Pero muy talentosos que sean los iniciados, ellos no tienen acceso particular a los misterios que Dios quiso revelar ante todo a los pequeños y a los ignorantes. Y si no se manifestó mientras su pueblo era aniquilado en el horror de los campos nazis, no es por la manipulación de algunas energías que podría hacerse presente.”<sup>78</sup>

Pero esta puesta al margen de Dios no implica la negación de toda dimensión teologal. Antes que nada porque el *amor* juega un papel importante en la vida del guerrero. Existen lazos de afecto muy fuertes entre el maestro y su discípulo que se manifiestan de múltiples maneras.<sup>79</sup> Esta realidad del amor encuentra una bella expresión cuando don Juan explica “el acto mágico de reembolsar el espíritu del hombre”. Cuando Castaneda le pregunta cómo puede hacer para pagarle todo lo que ha hecho por él, el viejo brujo le responde: “No necesito que me reembolse, pero si te empeñas en pagarme, has tu depósito al espíritu del hombre”.<sup>80</sup> Esto significa: hacer el bien a quien sea. Una acción en favor de alguien nos libera de las deudas que hallamos podido contractar y borra nuestros errores personales.

Una segunda dimensión teologal es la de la *conversión*: la búsqueda de un hombre de conocimiento lo compromete a una vida totalmente nueva. El iniciado no podrá introducir en esta nueva vida ninguna de sus malas costum-

<sup>74</sup> Cf. *Ibid.*, p. 67. Pero por otro lado, se reconoce la profundidad de ciertas manifestaciones: ver Carlos Castaneda, VII, p. 130.

<sup>75</sup> El padre del autor, con quien tiene una relación difícil, le había inculcado una educación muy católica. Ver *Ibid.*, p. 198.

<sup>76</sup> Cf. *Id.*, IV, pp. 122-123, y VII, p. 134.

<sup>77</sup> Aunque él admite que los fenómenos que percibe pueden tener a Dios como causa primera. Ver Carlos Castaneda, VII, p. 155.

<sup>78</sup> El argumento es del Padre Jean-Baptiste Brantschen op.

<sup>79</sup> Ver principalmente Carlos Castaneda, II, pp. 132, 137 y V, pp. 110-111.

<sup>80</sup> Cf. *Id.*, V, p. 106.

bres que poseía anteriormente. Sin embargo, esta perspectiva sigue siendo realista ya que “este cambio no significa obliterar elementos, sino más bien, alterar el uso que se les había asignado”.<sup>81</sup> La iniciación apunta hacia una transformación radical de la persona humana, pero solamente a partir de sí misma, es decir, de su humanidad. La gracia de la iniciación también presupone la naturaleza.

Más aún, la dimensión de la iniciación castanediana más significativa, desde un punto de vista teológico es la que orienta la existencia hacia una *salvación*. Aunque esta noción esté vaga, ella dinamiza todas las acciones del guerrero cuyo destino es entrar, al término de su existencia terrestre, a un mundo nuevo.<sup>82</sup> Para nombrar a este mundo, se va incluso a utilizar el término de *reino*.<sup>83</sup> “La muerte, explica don Juan, comprende dos etapas. La primera, el desvanecimiento, no tiene ningún sentido. (...) Tan pronto se acaba se entra en un reino, un dominio de rigor y de potencia”.<sup>84</sup> Es aquí que debemos aludir a la figura inquietante del *águila* que vigila el paso hacia el más allá.<sup>85</sup> Podría definirse como una alegoría del destino fatal que cada hombre de saber está llamado a aceptar. ¡Pero no nos confundamos! esta alegoría es mucho más que una fantasmagoría: es tan real como la misma muerte. Como la mayoría de las parábolas utilizadas por don Juan, su fin no es transmitir una información exacta sobre la realidad de un hecho, pero sí a orientar el poder del guerrero para que su comportamiento sea impecable<sup>86</sup> en el momento oportuno. Una vez más, a pesar de ciertas apariencias el *águila* no representa la omnipotencia divina. Ella simboliza un instante dramático que es el de los últimos instantes de la vida del guerrero, el momento misterioso de la agonía, su raíz griega<sup>87</sup> indica bien que se trata de un combate. El *águila* se nutre de la conciencia humana:<sup>88</sup> todo lo que somos está destinado a ser sepultado tarde o temprano en el abismo insondeable de la nada. Sin embargo, nada es cierto. El hombre de conocimiento ha podido ir hasta los límites de lo *desconocido* pero no ha podido penetrar en lo *incognoscible*. Vuelve con las manos vacías de su viaje por los confines de la experiencia humana: nada que pueda aplacar su corazón. Pero el guerrero no flaquea. Algo ha pasado: posiblemente un rayo de esta *luz consciente* entre el ojo izquierdo del iniciado<sup>89</sup> y la pupila azabache del gran pájaro real. Algo que le dice que avance sin vacilar; que para él la muerte no será más que un umbral. Sabe que está en camino hacia la belleza definitiva, que allá el misterio

<sup>81</sup> *Id.*, IV, p. 230.

<sup>82</sup> Cf. *Id.*, V, p. 189.

<sup>83</sup> Cf. *Ibid.*, p. 114.

<sup>84</sup> *Id.*, II, p. 191.

<sup>85</sup> Cf. *Id.*, IV, p. 162.

<sup>86</sup> Porque, en realidad, “no existe ni Águila, ni emanaciones de Águila. Lo que existe ninguna creatura viva lo puede captar. Carlos Castaneda, VII, p. 49.

<sup>87</sup> “Agonía”, en griego significa “combate”.

<sup>88</sup> Cf. Carlos Castaneda, VI, p. 163.

<sup>89</sup> Cf. *Id.*, IV, p. 225.

se abrirá ante él y que podrá comprender todo:<sup>90</sup> *su cuerpo lo sabe*, aunque su clara conciencia de pronto se haya oscurecido. Su memoria india acaba de despertar y del fondo de su ser surge un dulce murmullo diciéndole que no tema: él es un “pedazo de sol”<sup>91</sup> y la luz es su camino.

### ***Poder: El comportamiento del guerrero***

Las reflexiones que acabamos de hacer subrayar muy bien el hecho innegable de que la iniciación no se caracteriza tanto por la adquisición de un *saber*, sino por la manifestación de un *poder*. Es precisamente por esto, que ella se distingue de la enseñanza clásica. El iniciado castanadiano no es reconocible por su ciencia pero sí por su comportamiento: él debe ser un *guerrero*. “Un aprendiz necesita moderación y fuerza para refrenarse. Por esta razón, un maestro introduce la noción del comportamiento del guerrero. (...) Sin el vigor y la ponderación que presupone el comportamiento de un guerrero, no es posible soportar el camino del conocimiento”.<sup>92</sup> Un hombre que imagina las cosas ya hechas podrá debilitarse, dejarse llevar por una falsa humildad y sentir la necesidad de alejarse de los otros y adentrarse en el retiro.<sup>93</sup>

### ***La figura del combate***

Si para darse una idea de la iniciación, hubiera que escoger una figura paradigmática, ninguna convendría más que la del *combate*.<sup>94</sup> En efecto, en las enseñanzas de don Juan es una constante: el iniciado está destinado ante todo a combatir;<sup>95</sup> camina al conocimiento como cuando se va a la guerra.<sup>96</sup> Desde luego, lo que ha visto a lo largo del camino, le ha hecho adquirir algunas convicciones, pero estas no son jamás de orden conceptual: “Estar convencido significa que puedes actuar solo”, dirá el maestro.<sup>97</sup>

Para comenzar, tendrá que vigilar que su vida sea sana tanto en lo fisiológico

<sup>90</sup> Cf. *Ibid.*, p. 233.

<sup>91</sup> *Id.*, V, p. 117.

<sup>92</sup> *Id.*, IV, p. 228.

<sup>93</sup> Cf. *Id.*, II, p. 208.

<sup>94</sup> Esta figura no pertenece solamente a las culturas mexicanas. Es impresionante encontrar todas las características del guerrero tolteca en la figura del guerrero tibetano. Cf. Chögyam Trungpa, *Shambala, la voie sacrée du guerrier*, Paris 1990. En cuanto a la tradición cristiana, consúltese el artículo “Combat spirituel” de Pierre Bourguignon y Francis Wenner, en *Dictionnaire de spiritualité*, Paris 1953, col. 1135-1142. Los autores de la tradición que han tratado este tema son innumerables. Citemos por ejemplo, Erasmo, *Enchiridion militis christiani*, Paris 1971 (1501); o también el famoso Lorenzo Scupoli, *Le combat spirituel*, Paris 1990 (1589). Olivier Clément hace un recenso de los principales textos patristicos sobre la cuestión: ver “L'initiation et le combat”, en *Sources*, Paris 1982, pp. 87-161.

<sup>95</sup> Cf. Carlos Castaneda, II, p. 208.

<sup>96</sup> Cf. *Ibid.*, p. 89.

<sup>97</sup> *Id.*, III, p. 152.

como en lo psicológico. El padre Cocagnac nos dice que se sorprendió de la sobriedad que mostró Carlos Castaneda a lo largo de los encuentros que tuvo con él. En efecto, el guerrero debe estar atento a cada uno de sus actos y esta agudeza le exige una disciplina de hierro. “Un guerrero no está disponible y si por casualidad se lanza en algo, quédate seguro de que estará perfectamente consciente de lo que hace”.<sup>98</sup> Todo él es pretexto para progresar en el camino del conocimiento: sus sueños, sus encuentros, su contemplación, sus vigiliass y cada una de sus acciones; en particular, las actividades tradicionales de los indios han sido cambiadas en *acción de poder*: es el caso de la caminata,<sup>99</sup> de la danza,<sup>100</sup> de la caza,<sup>101</sup> etc... El guerrero aprende también a servirse de su miedo.<sup>102</sup> ¿Y no es hasta la muerte un acto de iniciación para él? La muerte, enseña don Juan, es la única idea que puede aplacar el espíritu del guerrero.<sup>103</sup> Este sabe bien que no está demasiado lejos; los brujos la describen como una presencia no personal<sup>104</sup> y sin embargo, muy real, siempre situada a la izquierda de cada hombre esperando el momento para tocarlo.<sup>105</sup> Pero si el hombre en cuestión es un guerrero, la muerte tendrá que lanzarse al combate para alcanzarlo.<sup>106</sup>

Sin embargo, este retrato del guerrero no debe dar la idea de ser un crispado que se toma en serio. ¡Es todo lo contrario! “El espíritu del guerrero está destinado únicamente al combate, y cada combate es para él su última batalla terrestre. Por consiguiente, el final no tiene importancia. (...) Y mientras prosigue su batalla, sabiendo que su voluntad es impecable, un guerrero ríe y ríe sin cesar”.<sup>107</sup> El iniciado además, sigue siendo un hombre sensible; es capaz de llorar<sup>108</sup> y de esforzarse por ser bueno. Se ve, por ejemplo, a don Juan dar limosna a un grupo de indios venidos de la montaña y desprovistos de todo.<sup>109</sup> “La vida de un guerrero no es fría, solitaria y desprovista de sentimientos (dice él), porque está fundada en el afecto, la devoción, la abnegación por los que ama”.<sup>110</sup> Pero, al mismo tiempo, el guerrero debe seguir siendo amo de sus afectos y salvaguardar su libertad interior. Para eso, no conviene que dé mucha información sobre su persona porque entonces los otros lo obligarían a que se acatase a la imagen que se han hecho de él. El viejo brujo explica su técnica para eso:

<sup>98</sup> *Id.*, II, p. 176.

<sup>99</sup> *Cf. Id.*, III, pp. 137-138.

<sup>100</sup> *Cf. Ibid.*, p. 203.

<sup>101</sup> *Cf. Ibid.*, I, pp. 63-64.

<sup>102</sup> *Cf. Id.*, I, p. 55.

<sup>103</sup> *Cf. Id.*, II, p. 52.

<sup>104</sup> *Cf. Id.*, p. 151.

<sup>105</sup> *Cf. Ibid.*, pp. 43-44.

<sup>106</sup> *Cf. Id.*, IV, p. 76.

<sup>107</sup> *Id.*, II, p. 209.

<sup>108</sup> *Cf. Ibid.*, p. 85.

<sup>109</sup> *Cf. Id.*, IV, pp. 134-135.

<sup>110</sup> *Ibid.*, p. 275.

Poco a poco alrededor de mí y de mi vida he creado una *neblina*. Ahora nadie puede saber con certeza quién soy o qué hago. (...) Tienes que borrar todo lo que está a tu alrededor hasta que nada pueda ser certero. (...) Hasta ahora tu problema reside en que eres demasiado real; tus empresas son demasiado reales, tus humores son demasiado reales. No tomes nada partiendo de tí mismo. Tienes que comenzar por borrarte.<sup>111</sup>

Es entonces cuando el guerrero saborea “la soberana libertad de ser desconocido”.

Es todo esto lo que le permitiría alcanzar la impecabilidad. Su maestría se distingue siempre por la precisión y sobre todo por la belleza.<sup>112</sup> Es así que su estricta voluntad le permitirá *provocar el poder*. Porque la *intención*, para manifestarse, después de haber conocido la intensidad de su deseo, puede aventajarlo y acepta su destino sin recriminación.<sup>113</sup> Desear y después renunciar a su deseo... He aquí una regla de oro de la iniciación.<sup>114</sup> Solamente entonces las cosas llegan. La fuerza de la *intención* ayudará al guerrero a derrumbar el mundo que lo rodea (el de la ilusión) pero también a reconstruirlo en seguida, a fin de ser capaz de dirigir su propia vida.<sup>115</sup>

Cuando un guerrero ha adquirido la paciencia, está en el camino de la voluntad. Sabe como esperar. Su muerte está con él, sentada en su mismo lugar. Se hacen amigos. Su muerte lo aconseja por medios misteriosos cómo escoger, cómo vivir de manera estratégica. ¡Y el guerrero espera! (...) El guerrero aprende sin apresurarse porque sabe que espera a su voluntad. Y un día realiza un acto prácticamente imposible de lograr. Puede que no se de cuenta de su extraordinario acto. Pero como él sigue realizando actos imposibles, y cosas increíbles le ocurren, termina por darse cuenta de que un poder extraordinario está emanando. Un poder que sale de él conforme va avanzando en el camino del conocimiento.<sup>116</sup>

Libre de su suficiencia, se vuelve amo de lo que don Juan llama el *arte del guerrero*: equilibrar en sí mismo el terror de ser un hombre con la maravilla de serlo.<sup>117</sup>

<sup>111</sup> *Id.*, III, p. 26.

<sup>112</sup> *Cf. Ibid.*, p. 84.

<sup>113</sup> *Cf. Id.*, V, p. 81.

<sup>114</sup> Se encuentra el mismo principio en el pensamiento de Valentin Tomberg, *Méditations sur les vingt-deux arcanes du Tarot*, Paris 1984, pp. 188-189.

<sup>115</sup> *Cf.* Carlos Castaneda, III, p. 132.

<sup>116</sup> *Id.*, II, p. 150.

<sup>117</sup> *Cf. Id.*, III, p. 246.



El arte del guerrero es llamado también, en la iniciación tolteca, el *arte del acosador*: ciencia del comportamiento impecable por la cual se aprende a acosar las propias debilidades.<sup>118</sup> Sin embargo, esto no constituye más que la “parte diurna de la iniciación” y de una cierta manera, la parte visible del *iceberg*. Este aprendizaje está rebasado en realidad por una “fase nocturna”: *el arte del soñador*. Hemos aludido ya a las técnicas del sueño y hemos precisado que la formación de Carlos Castaneda estaba garantizada por dos maestros distintos: don Juan y don Genaro. Quisiéramos concluir este análisis de la iniciación tolteca con algunas consideraciones acerca de esta complementari-  
dad.

Lo primero que debemos comprender es que, según la sabiduría tolteca, existe en el hombre una fase oscura, una sombra, una parte oculta e inconsciente.<sup>119</sup> “Los seres humanos están divididos en dos. El lado derecho llamado el *tonal* que comprende todo lo que el intelecto puede concebir. El lado izquierdo llamado el *nagual* que es un dominio que escapa por naturaleza a toda descripción, un mundo imposible de expresar con palabras”.<sup>120</sup> Los dos lados perciben la realidad pero de maneras totalmente distintas.<sup>121</sup> El lado derecho de manera analítica y el lado izquierdo de manera sintética: Castaneda da el nombre de “intensidad” a esta captación en bloque de la realidad.<sup>122</sup> El aprendiz que descubre esta realidad se sumerge en un mundo totalmente extraño. Don Juan dice “que en cada ser humano existe un inmenso lago y una sombra de conocimiento que cada uno puede intuir”.<sup>123</sup> Esta fase “nocturna” le parece extremadamente antigua y tranquila. Es como el testigo de lo que debió preceder a la aparición de la razón discursiva.<sup>124</sup>

Este otro mundo no es el del *saber*, es más bien la sede del saber. “El mundo fundado en la razón transforma todo en un acontecimiento. (...) El mundo

<sup>118</sup> Esta disciplina incluye todas las técnicas heredadas de la caza: la vigilia atenta, la lectura de las huellas, la espera de la cosa oculta, la rapidez de la decisión, la progresión silenciosa, etc...

<sup>119</sup> Françoise O’Kane consagra un libro a esta realidad. Se tomará en cuenta el esclarecimiento psicológico que propone y no conclusiones “teológicas” descabelladas. Véase Françoise O’Kane, *L’ombre de Dieu et le petit caillou du novice une reflexion sur le pole negatif du soi*, Genève 1990.

<sup>120</sup> Carlos Castaneda, VI, p. 153. Para el origen de estos dos términos, véase Ake Hultkrantz, *op. cit.*, p. 752. Maurice Cocagnac, por su parte, subraya la curiosa asonancia entre el N’gual y el N’gwel que designa un estado de sobreconciencia en los Indígenas de Gabón. Consúltase Raoul Allier, *Le non-civilisé*, Paris, 1927, App. II; y Ernesto de Martino, *Le monde magique*, Verviers 1967, pp. 161ss. Citado por Maurice Cocagnac, *op. cit.*, p. 84.

<sup>121</sup> Se puede encontrar esta idea en la obra de Jean Cazeneuve, cuando habla de cómo la percepción deviene “mágica” cuando intenta realizar el estado de posesión, el cual se caracteriza por una atenuación de la vida consciente. Cf. Jean Cazeneuve, *Les rites et la condition humaine*, Paris 1958, p. 286.

<sup>122</sup> Esta antigua intuición de los videntes toltecas se acerca a los trabajos actuales de la ciencia sobre la bipolarización del cerebro humano. Véase Edgar Morin, *Le paradigme perdu: la nature humaine*, Paris 1973, pp. 140-142.

<sup>123</sup> Carlos Castaneda, VIII, p. 152.

<sup>124</sup> Cf. *Ibid.*, p. 153.

fundado en la voluntad transforma todo en un acto de *poder*".<sup>125</sup> Es por esto que todo se confunde cuando se busca comprender lo que pasa de este lado.<sup>126</sup> Estos dos aspectos de la persona humana exigen pues, dos acercamientos distintos: son la *enseñanza del lado derecho*, y la *enseñanza del lado izquierdo*.<sup>127</sup> Pero los dos maestros trabajan en estrecha colaboración y la iniciación consistirá, de hecho, en poder pasar libremente de un lado a otro. "Los dos lados de un ser humano están enteramente separados. (...) Hace falta mucha disciplina y resolución para romper este sello y pasar de un lado a otro".<sup>128</sup> Don Juan desarrollará toda una teoría sobre estos *pasos* que describe como "puentes de un solo carril". El primero va del conocimiento silencioso a la razón y se llama "responsabilidad". El segundo asegura el trayecto inverso y se llama "pura comprensión".<sup>129</sup>

Con todo, lo esencial, es que esta división no escinde solamente al ser humano, ella es la manifestación de una escisión entre el mundo del *tonal* y del *nagual*. Durante una visión, Carlos Castaneda contempla la ruptura de los mundos. "El mundo estaba dividido en dos a una altura inimaginable para mí. La división parecía real, pero la frontera no se situaba en un plano físico, ella estaba de alguna manera, en el seno de mí mismo".<sup>130</sup> En la sabiduría de los brujos toltecas, se entendió desde hace mucho tiempo que la distinción entre el mundo objetivo y el mundo subjetivo es muy relativa.<sup>131</sup> No existe una alucinación, propiamente hablando, que sea reveladora de un cierto orden de realidad.<sup>132</sup> Para don Juan, la realidad misma de este mundo existe únicamente en nuestra manera de percibirlo. Es claro que existe para los videntes toltecas, un paso real del *tonal* al *nagual*, que se experimenta como auténtica salida del mundo.

Pero de esto ya no tenemos memoria. "En nuestro nacimiento y durante un cierto tiempo no somos más que *nagual*. Sentimos intuitivamente que nos hace falta una contrapartida para funcionar. La falta del *tonal* nos da desde el principio una sensación de inacabados. Después, el *tonal* empieza a desarrollarse y se vuelve capital para nuestro funcionamiento, tan importante que ofusca el destello del *nagual* y lo aplasta. Desde el momento en que nos convertimos totalmente en *tonal* acrecentamos este sentido de inacabados que

<sup>125</sup> *Id.*, IV, p. 111.

<sup>126</sup> Cf. *Id.*, VIII, p. 99.

<sup>127</sup> Cf. *Ibid.*, p. 14.

<sup>128</sup> *Id.*, VI, p. 212.

<sup>129</sup> Cf. *Id.*, VIII, p. 242.

<sup>130</sup> *Id.*, VI, p. 100.

<sup>131</sup> Como es conocido, esta concepción está lejos de estar aislada. Los científicos se acercan a este punto de vista; Rémy Chauvin, por ejemplo, declaraba en la radio: "He llegado a la convicción de que no hay frontera entre el universo y la conciencia que tenemos de él". Entrevista dada en París, el 6 de junio de 1981.

<sup>132</sup> En el prefacio de un estudio consagrado a la alucinación Henri Bergson escribió: "La teoría tantos años clásica y que viene a nuestro espíritu inmediatamente, aparece insostenible: la alucinación no puede ser la proyección externa de una imagen interna que su sola intensidad abría objetivado". Cf. René Mourgue, *Neurobiologie de l'hallucination*, Bruxelles 1932, p. 2.

nos acompaña desde el nacimiento y que nos dice constantemente que nos falta una parte para estar completos".<sup>133</sup> En cada uno de nosotros, el tonal es el reflejo de este mundo escalofriante que recorre el guerrero, y el nagual es el reflejo de este vacío indescriptible que contiene todo y que siente el que practica el *arte del soñador*. La iniciación transmitida por los sabios de la línea de don Juan se dirige, desde la noche de los tiempos al hombre que, más allá de sus polaridades busca "*la totalidad de él mismo*".<sup>134</sup>

### Conclusión: El amo del instante\*

El *tonal* es todo lo que pertenece al mundo que podemos conocer: podemos asimilarlo en el *orden temporal*. El *nagual* por consiguiente, puede ser equiparado con la *eternidad*, con la condición de no considerarla como una sucesión de tiempo interminable. La eternidad es de otro orden, un orden que nuestros conceptos son incapaces de aprehender.<sup>135</sup> Ahora bien, parece que la lectura clave de la obra de Castaneda reside en esta relación misteriosa que confronta al *tiempo* con la *eternidad*. Y la única puerta entre ambos está en el "instante mágico". Estos instantes son conocidos por todos nosotros, inclusive si dejan apenas una vaga huella en el fondo de nuestra memoria. Son recuerdos, que no sabemos ubicar en el transcurso lógico del tiempo.<sup>136</sup> Parece ser que dejan un vacío en el *continuum* de nuestra existencia, como una falla o, ¿quién sabe?, una abertura.

Estar en el lado izquierdo, según Castaneda, implica que lo inmediato sucede primero y que únicamente vivimos el instante presente.<sup>137</sup> Muchos filósofos han reflexionado sobre el problema del instante presente.<sup>138</sup> "El tiempo se llevaría todo si no hubiera algo superior al tiempo, para impedir a los fenómenos que se desmenucen" dice el padre Zundel.<sup>139</sup> Así tenemos que salirnos de la carrera del tiempo para encontrar el ritmo infinito de la meditación.<sup>140</sup> Tal como el "inmoralista" de André Guide, quien abandona su pasado como el pájaro abandona su sombra para volar. Esta valoración del instante se encuentra muy seguido en la literatura filosófica y teológica. Pero ¿de qué se trata exactamente cuando se habla del instante? "No sería éste el

\* Una primera presentación de las conclusiones de este estudio apareció publicada en el núm. 1 de la Revista Teología Anamnesis (ene.-jun. 1991), publicado por los dominicos de México.

<sup>133</sup> Carlos Castaneda, IV, p. 123.

<sup>134</sup> Cf. *Ibid.*, p. 13.

<sup>135</sup> La eternidad es el tiempo de la perfección y la perfección del tiempo. Ella se beneficia de un estatuto atemporal y escapa a la contingencia de la cronología. Ya en su época, Boecio hacía una clara distinción entre la eternidad de Dios y la temporalidad en la cual vivimos. Esta es para Dios un presente eterno. Véase el *Libro de la Consolación*, V, 4-5.

<sup>136</sup> Cf. Carlos Castaneda, VI, p. 81.

<sup>137</sup> Cf. *Ibid.*, p. 287.

<sup>138</sup> Entre ellos, Gaston Bachelard, *L'intuition de l'instant*, París, 1932.

<sup>139</sup> Citado por Henri Boulad, *L'homme et le mystère du temps*, París, 1987, p. 11.

<sup>140</sup> "Para un brujo no hay más que el aquí y el ahora". Cf. Carlos Castaneda, IV, p. 199.

punto 'cero' —dice Henri Boulad<sup>141</sup> el simple punto de contacto entre un pasado que ya no existe y un futuro que todavía no ha nacido?" Sin embargo, sigue el mismo autor escribiendo "...porque concentra el tiempo en sí mismo, el presente se coloca, de una cierta forma, más arriba del tiempo y desemboca en lo eterno".<sup>142</sup>

Ahora bien, el primer esquema del cual el guerrero tendrá que salir es el esquema cronológico. Don Juan dice: "el verdadero guerrero no puede representarse el mundo de manera cronológica. Es un ser luminoso que existe en un mundo luminoso".<sup>143</sup> En efecto, el pensamiento cronológico o histórico suele siempre explicar el presente por el pasado. No puede tomar en cuenta cualquier acontecimiento sin ponerlo en el transcurso de la historia.<sup>144</sup> No se trata aquí de negar la importancia de esta dimensión sino de subrayar que no constituye el único acercamiento posible de la realidad. ¿Por qué, en este instante, estoy aquí en este lugar? ¿Porque hace un rato entraste! va a contestar el historiador. Sin embargo, la crítica del realismo epistemológico obliga a los filósofos a ser más prudentes, por lo que Maurice Merleau-Ponty demuestra, en su fenomenología de la percepción<sup>145</sup> que la versión cronológica no representa la explicación del momento presente en su densidad de sentido y misterio. Se lo ubica en una cadena histórica y nada más. No se revela lo que está abajo. Eso da cuenta únicamente de la sucesión aparente de los instantes, dentro de una construcción del mundo y del tiempo, a la cual nos somete nuestra razón doméstica. Sin embargo, cada uno de estos momentos queda inexplicado en su esencia. No sabemos nada de la realidad que nos rodea y vivimos sobre unos abismos tremendos.

En realidad, es una cierta situación de la conciencia del guerrero la que le permite estar presente aquí y ahora: con una posición determinada en el tiempo y en el espacio. Pero ¿no será relativo todo eso? don Juan diría que está relacionado con el "primer anillo del conocimiento". Este anillo nos encadena a nuestra concepción actual sobre el mundo y nos enmascara la realidad última. Somos prisioneros de la *concepción* y nos encontramos apartados de la *percepción*.<sup>146</sup> Sin embargo, ya conocemos desde los trabajos de Albert Einstein la relatividad del tiempo y del espacio y, sobre todo, la relación entre ambos. Incluso algunos pensadores, como W. Quine,<sup>147</sup> han generalizado esta

<sup>141</sup> H. Boulad, *op. cit.*, p. 27.

<sup>142</sup> *Ibid.*, p. 29.

<sup>143</sup> Carlos Castaneda, IV, p. 50.

<sup>144</sup> "La tesis implícita de la percepción —dice Maurice Merleau-Ponty— se refiere a que la experiencia de cada instante puede estar coordinada con aquella del instante precedente y del instante siguiente". Es justamente esto lo que será refutado por el autor. Cf. Maurice Merleau-Ponty, *Phénoménologie de la perception*, Paris, 1945, p. 306.

<sup>145</sup> La intención del autor es la de poner en evidencia la función primordial por la cual "hacemos existir" el mundo y el tiempo para nosotros. Cf. *Ibid.*, p. 180.

<sup>146</sup> "La supuesta evidencia de la percepción no está fundada en el testimonio de la conciencia sino en el prejuicio actual sobre nuestro mundo". Maurice Merleau-Ponty, *op. cit.*, p. 11.

<sup>147</sup> W. Quine, *Le mot et la chose*, Paris, 1977, pp. 54s.

teoría. Y sabemos también hasta qué punto el cuadro en el cual evolucionamos no es firme: el hecho mismo de estar encadenados en este lugar y en este tiempo no es nada sólido. Quizás depende de una disposición de nuestra voluntad inconsciente. En realidad no son las desapariciones o las apariciones espontáneas las que nos deberían extrañar, sino la aparente estabilidad del ser. Porque todo el universo es fluctuante, incluso la materia más inmóvil que es un conjunto de energías en movimiento.<sup>148</sup>

Este punto de vista puede parecer absurdo o exagerado. No obstante, no es sino la aplicación estricta de una opinión ya conocida en la Edad Media y particularmente en la teología de Santo Tomás de Aquino.<sup>149</sup> Afirmar que Dios es el creador del mundo, nos presupone un origen cronológico sino una fuente ontológica de la creación. Es decir que el acto creador no es únicamente el impulso dado de una sola vez, por la mano de Dios: es el acto divino de cada instante que acompaña la historia en su desarrollo, aunque sea un acto único. En todos los momentos Dios está manteniendo su obra encima de la nada. En este sentido, nos referimos al origen ontológico del ser. De la misma manera, la explicación última de cada instante se debe encontrar en el momento mismo: en su ontología y no en su cronología. Estoy presente en este lugar, porque estoy recibiendo y realizando, ahora, el "acto de ser". Y si parece que soy prisionero de esta acción, es una apariencia. La magia sería, pues, la libertad del ser en la total maestría del instante. Aquí llegamos a la mejor definición del guerrero tolteca: él es el *amo del instante*.<sup>150</sup>

Quizás en la gravedad de esta "fuerza rodante" del tiempo reside el secreto que da a la obra de Castaneda su increíble poder poético. Dar su suerte a cada instante antes de que se vaya y que se muera con él la significación que nos llevaba: tal es la búsqueda del artista y del místico; tal es la búsqueda del guerrero. Pero se van las horas, como el polvo de arena en el cristal de la ampollita. Polvo misterioso cuyo secreto había podido revelarnos la totalidad del sentido de la aspiración. Así también se desenrolla imperturbable la gran película de nuestra existencia. En un lugar oscuro gira la bobina y las imágenes se proyectan ante nuestros ojos. No recordamos el principio de la historia y no sabemos nada de su fin: feliz o trágico. En cuanto a la velocidad, nunca nos satisface: la quisiéramos a veces más lenta, otras veces más rápida. Y esta historia en la cual estamos actuando, no es sino una serie de instantáneas en las cuales se inscribe una extraña inmovilidad que nunca podemos atrapar. Todo se encadena, y así también nuestra conciencia, al tiempo. Según Marcel Carné, el cine es la invención humana más mística que se puede imaginar. Nos presenta una perfecta analogía de lo que es nuestra vida en su fuga perpétua.<sup>151</sup>

<sup>148</sup> Cf. Carlos Castaneda, III, p. 233.

<sup>149</sup> Summa Theologiae la pars, q. 46, art. 3.

<sup>150</sup> Cf. Carlos Castaneda, II, p. 243.

<sup>151</sup> Don Juan enseña a su discípulo a "fijar las imágenes del mundo". Cf. Carlos Castaneda, V, p. 203.

“Cada instante de cada secuencia temporal es la puerta por la cual podemos (...) escaparnos en lo eterno” escribe Aldous Huxley.<sup>152</sup> Dar toda su amplitud al instante, así podríamos definir la experiencia iniciática que interrumpe el movimiento del “gran proyector”, el espacio de un instante.<sup>153</sup> Hay que sumergirse en el instante como en el océano,<sup>154</sup> para que se abra y nos deje entrar. *Para el mundo*,<sup>155</sup> dice don Juan; aprender a ver. No la superficie, el curso sin sentido de las imágenes que corren, sin ver adentro, a través de, más allá, entre dos, más a fondo... Aquí, al alcance de nuestra mirada, el sentido quita su velo. Pero el hombre viejo en nosotros es idólatra de sus propias proyecciones. Mientras el mundo donde nos creemos encarcelados no es sino el resultado de la persistencia retiniana, y cada momento de vida nos da la llave de nuestra cárcel, tendríamos que aprender a leer, porque estamos recorriendo las páginas preciosas del gran libro, sin tomar tiempo para descifrar ninguna de ellas.

Pero, ¿cómo se puede parar el mundo? ¿Cómo entrar en el templo del éxtasis? ¿Acaso no nos da el guerrero una pista diciéndonos que no se escapa al tiempo por la evasión sino por la *atención*?<sup>156</sup> Pero ¿cómo lo vamos a lograr? ¿Por la contemplación fascinante de los jardines japoneses de Eihei ji,<sup>157</sup> como los sabios del budismo zen? ¿O tal vez, como lo enseñan los brujos toltecas, mediante la interrupción del diálogo interno, fijando nuestra atención en los guerreros de piedra de Tula? Sí. Todo eso y más: encontrando en uno mismo el *camino del corazón*, por medio de la meditación, del arte, de la oración sobre todo, del amor.<sup>158</sup> Porque la clave mágica del instante no se encuentra sino en el amor. La oración y la expresión artística son variaciones sobre el mismo tema del amor, como presencia absoluta en la consistencia del instante vivido.

Los antiguos mexicanos lo entendieron a su manera, sus costumbres lo testimonian. Tomemos por ejemplo la tradición de la danza ritual de los voladores de la sierra totonaca. Amarrados a la rueda del tiempo,<sup>159</sup> giran majestuosamente, en su vuelo que desciende, según la imagen de esta vida. Sólo al quedarse inmóvil, escapando al destino fatal, el tocador de flauta se levanta, en su aspecto altanero, encima del palo cósmico. Desde donde está del punto de la inmovilidad, puede ver el tiempo desplazarse. Para él, el tiempo se vuelve espacio: pirámide de cuerdas, geométrico esbozo celebrando, en sus

<sup>152</sup> Aldous Huxley, *op. cit.*, p. 227.

<sup>153</sup> “Si se concibe un elemento del tiempo que ya no se puede dividir en partes aún más pequeñas, eso lo podríamos llamar presente. Y éste pasa tan rápido del futuro al pasado, que no tiene la menor duración”. San Agustín, *Confesiones*, 11, 15, 20.

<sup>154</sup> Henri Boulad, *op. cit.*, p. 30.

<sup>155</sup> Cf. Carlos Castaneda, VIII, p. 171.

<sup>156</sup> Henri Boulad, *op. cit.*, p. 22.

<sup>157</sup> Cf. Pierre Crépon, *Dogen, le zen entre au Japon*, en *Notre Histoire*, No. 5 (1984), pp. 11-15.

<sup>158</sup> Cf. Carlos Castaneda, VI, pp. 39; 74; 203, 273.

<sup>159</sup> Cf. Carlos Castaneda, VI, pp. 282-283.

líneas puras, su eterna estabilidad.<sup>160</sup> Así es para Dios: contempla de una sola mirada, perpetua y fugitiva, el conjunto de los instantes, de las imágenes del tiempo extendidas ante El. El presente definitivo en el cual se revela, en su esencia, cada momento que nunca jamás se apagará.

De la misma manera, los dioses del panteón azteca, siempre en íntima relación con el calendario, es decir, con el transcurso del tiempo, más que signos de una identidad personal serían símbolos de los instantes mágicos, asidos en el milagro de su fugacidad:<sup>161</sup> Quetzalcóatl o el momento mágico de la fecundidad y la creación de la vida; Tezcatlipoca o el momento mágico del encuentro con la muerte y el reino de las tinieblas; Huitzilopochtli o el momento mágico del sacrificio y de la regeneración del sol...<sup>162</sup> Todos inmovilizados para siempre y propuestos a la meditación de los hombres. Esos dioses, y otros tantos, forman la corte innumerable y celestial de las divinidades del instante. En medio de ellas, según el salmista,<sup>163</sup> reina el Dios único de la eternidad, a quien nadie puede llegar por sus propios medios.

A veces, en la cumbre del éxtasis, Carlos Castaneda olvida esta verdad. Se imagina en presencia de Dios. Pero don Juan está con él para regresarlo a la tierra. Las descripciones de sus salidas hacia al nagual son estupendas.

El esplendor del espectáculo sobrepasa toda explicación y sin embargo no lograba comprender lo que lo hacía tan bello. (...) ¡Qué magnífico sentimiento de plenitud! Supe con certeza que había llegado ante Dios, fuente del universo. Y supe que Dios me amaba. Dios era el amor y la misericordia. Me bañaba en su luz y me sentía limpio, liberado. Lloraba sin poder impedírmelo, sobre todo lloraba por mí mismo. A la vista de esta luz resplandeciente me sentía indigno, e innoble.<sup>164</sup>

Ciertamente, el hecho de que el *amor* ocupe en esta visión un lugar tan importante, permite pensar que se trata quizás de una experiencia espiritual. Pero vemos que el sentimiento es confuso. El autor afirma primero que se siente limpio, liberado, y concluye diciendo que tiene la impresión de ser innoble (!). En cuanto a las lágrimas que vierte, Santa Catalina de Siena diría que, habiendo sido derramadas por uno mismo, proceden del amor propio y pertenecen a la categoría de las lágrimas más impuras.<sup>165</sup>

<sup>160</sup> "El espacio es un símbolo de la eternidad; porque en el espacio hay libertad, hay reversibilidad del movimiento. (...) La meta primordial del artista consiste en espacializar el tiempo", Aldous Huxley, *op. cit.*, p. 229.

<sup>161</sup> Cf. Miguel León-Portilla, *La Filosofía Náhuatl*, México, 1979, p. 97.

<sup>162</sup> Cf. Jacques Soustelle, *Des dieux par centaines*, en *Notre Histoire*, No. 17 (1985), pp. 18-23.

<sup>163</sup> Ps 82, 1: "Dios se levanta en la asamblea divina, rodeado de ángeles juzga".

<sup>164</sup> Carlos Castaneda, VII, p. 249.

<sup>165</sup> Cf. Santa Catalina de Siena OP, *Le Dialogue*, Paris, 1976 (1378), p. 307.

La descripción prosigue de manera que nos recuerda “la visión del Hijo del Hombre” del profeta Daniel:<sup>166</sup>

La luz pareció condensarse y vi un hombre. Un hombre que brillaba y que desbordaba de carisma, de amor, de comprensión, de sinceridad, de verdad. Un hombre que representaba la integralidad del bien. (...) Caí de rodillas. Quería adorar la encarnación de Dios, pero don Juan intervino y me dio un gran golpe en el pecho, a la izquierda, cerca de mi clavícula y dejé de ver a Dios.<sup>167</sup>

Podríamos aplicar a este tipo de experiencia lo que acabamos de decir acerca de las lágrimas que la acompañan. Estas visiones, incluso espirituales, no son nunca el sello de la mayor santidad. Dios nos sabe débiles y poco dóciles a su llamada; conoce nuestra falta de fe. Y si él nos sumerge a veces en el *instante*, es para infundirnos el ánimo de la *duración*. Los momentos de gracia que vivimos desde entonces nos ayudan a proseguir hacia todo y contra todo. Son chispas que iluminan un instante nuestro camino, a fin de que podamos ver dónde dirigir nuestros pasos, para que encontremos la fuerza necesaria para avanzar *en la noche de la fe*.

Muy a menudo, los más grandes santos son los que menos se han beneficiado de estas “arras de la vida eterna”. Teresa de Lisieux, por ejemplo, da al respecto un testimonio conmovedor:

Dios, permitió que mi alma fuera invadida por las más profundas tinieblas y que la idea del cielo, tan dulce para mí, no sea más que un motivo de combate y de tormento... Esta prueba no debía durar algunos días, algunas semanas y no pudo terminar antes del momento marcado por Dios y... esta hora no ha llegado. (...) Cuando quiero descansar mi corazón fatigado por las tinieblas que lo rodean, por el recuerdo del país luminoso al cual aspiro, mi tormento se agrava; me parece que las tinieblas, tomando la voz de los pecadores, me dicen burlándose de mí: “¡sueñas con la luz, una patria embalsamada con los más suaves perfumes, señas de la perfección eterna del Creador de todas estas maravillas, crees salir un día de la niebla que te rodea!” Avanza, avanza, alégrate de la muerte que no te dará lo que tú esperas, sino una noche todavía más profunda: la noche de la nada.<sup>168</sup>

¡Gran abismo entre este testimonio y el de Castaneda! Este contraste nos lleva a un mayor realismo y hace surgir una pregunta de las profundidades

<sup>166</sup> Dn 7, 13.

<sup>167</sup> Carlos Castaneda, VII, p. 250.

<sup>168</sup> Santa Teresa del Niño Jesús, *Manuscrits autobiographiques*, Lisieux 1957, pp. 245-247.



mismas de nuestra alma cristiana: ¿Podría llevarnos la iniciación a la luz eterna evitándonos el camino de la cruz? Y si queremos seguir este camino hasta el alba de la resurrección ¿no tendremos acaso que atravesar primero la noche parte por parte?

